CUENTO

EL SABOR DE LAS PALMAS

CAMINAN por la polvorienta carretera los torerillos, son cuatro muchachos de unos veinte años, vestidos con viejas guayaberas, pantalones entallados, desteñidos por la acción del tiempo, con algunos rotos que nadie se ha cuidado de coser; la mañana espléndida de aquel día del mes de septiembre un poco fresca ha llenado el campo de un rocío que brilla temblante sobre las hierbas de los vallados, es el clásico mes de las fiestas pueblerinas; una vez recogidas las cosechas los campesinos se disponen a divertirse preparando el ánimo para la entrada del invierno interminable, las capeas se suceden sin interrupción.

Llevan los émulos de Cúchares un ataillo a la espalda formado con los capotes y uno de ellos en viejísima funda de cuero, los estoques que cuidan con maternal solicitud; a lo lejos se divisan las torres de una gran ciudad.

Los jóvenes se detienen en las afueras sentándose en la cruz de piedra que existe a la entrada de la misma.

Al cabo de un rato uno de ellos se dirige a los otros diciéndoles:

—Nos hará birria ese.

—No lo creo, tiene Pepe más afición que todos nosotros juntos.

—Pues si no viene, hoy ayunamos.

De la ciudad avanza un joven de la misma edad de los maletillas pero destacándose de ellos por la indumentaria, su traje de corto está flamante, su capote que gallardamente lleva recogido al brazo es nuevo.

Se dirige jovial a los que le esperan estrechando la mano de todos.

¡Por fin! exclamaron.

—Qué hay, qué tal os ha ido.

—Pues pasando mucha hambre.

—Ahí va un duro para que toméis cualquier cosilla.

Dirigiéronse a un ventorro próximo.

Parece mentira, decía uno, que tú que nada te falta en tu casa te guste venir a pasar fatigas por esos pueblos.

Desengañaros que nada puede compararse al sabor de las palmas.

Cuando en cualquiera de esos pueblecillos con mi capote terciado oigo tocar la música y veo los ojos de las mujeres fijos en mí, siento una cosa inexplicable, me creo capaz de todas las proezas; ay si tocara la música a la hora de matar, que volapiés iba a dar, y luego cuando me aplauden no me cambiaría por nadie por eso he dejado la carrera de Medicina faltándome solo dos años, y disgustando a mi pobre padre que enfermo, esperaba que fuera el apoyo de mis hermanitos el día que faltara.

II

Cuando Pepe Olivares llegó aquel año satisfecho de su actuación por esas plazas en las que habíase destacado empezando a tomar parte en fiestas de alguna importancia, inquietóle sobre manera ver cerrada la puerta de la botica en la que su padre a fuerza de muchos años de honradez y laboriosidad había conseguido reunir la mejor clientela de la ciudad; llamó con temor, un viejo amigo de su padre, recibióle con la cara hosca, revelando en su gesto la pena y el disgusto.

No se tomó la molestia de prepararle sino que a boca de jarro le espetó.

¿Ves a lo que has dado lugar con tu conducta? la enfermedad de tu padre ha tenido un trágico desenlace, como no tenía más remedio, dados los muchos disgustos y su lesión cardíaca.

Pepe tuvo que apoyarse en el mostrador para no caer.

El acusador iba a proseguir, ahondando más en la herida, pero el muchacho virilmente aunque con los ojos arrasados en lágrimas le detuvo exclamando.

Sé cual es mi deber.

Y penetrando en la estancia donde yacía el cuerpo inerte de su padre, después de besar con desesperación sus despojos, cogió febril unas tijeras y cortándose la coleta arrojóla dentro de la caja.

Ahí van todas mis ilusiones.

Desde este momento seré el padre de mis hermanos, lo juro.

III

Pepe Olivares, con el dinero que pudo lograr por el traspaso de la Farmacia de su padre terminó la carrera; cumpliendo su juramento costeó los estudios de sus hermanos menores siendo un verdadero padre para ellos.

Hoy día es D. José Olivares, Catedrático de la facultad de Medicina, el mago del bisturí como le llaman, pero a pesar de su fama mundial, (misterios del alma humana) siente la nostalgia de las palmas, que una multitud enardecida otorga al lidiador después de una faena cumbre.

Jose M.ª PORTALES.

DE TODO Y PARA TODOS

FRASES POPULARES

¡Difícil como el paso de las Termópilas

LOS EJÉRCITOS DE XERJES

PROCLAMADO Xerjes Rey de Persia, por fallecimiento de Darío, 485 años antes de Jesucristo, fué su primera determinación llevar la guerra al seno de la Grecia para vengar la derrota de su padre en los Campos de Maratón.

Los antiguos historiadores dicen que cuando se reunió su lucido y numerosísimo ejército a lo largo de la costa del Helesponto, Xerjes hizo colocar su trono en lo alto de una montaña para gozar del espectáculo de sus naves que cubrían el mar y de sus soldados que ocupaban toda la tierra. Mandó luego construir un puente de barcas sobre el estrecho y lo destruyó una tempestad; furioso entonces el Rey, ordenó el castigo del líquido elemento dándole trescientos latigazos y fuertes golpes con gruesas cadenas de hierro que después se echaron violentamente al fondo. Concluído de nuevo el trabajo, pasaron las tropas, empleando en la marcha siete días y siete noches.

Respecto a las muchedumbres que Xerjes trajo consigo, no existe acuerdo, aunque varios autores de nota afirman que sumarían unos 3.000.000 de hombres los que se presentaron a invadir la Grecia enfrente de las Termópilas.

A pesar de la gravedad del peligro, los griegos no renunciaron a sus fiestas y solamente mandaron al desfiladero una especie de vanguardia compuesta de 300 espartanos, enviando las provincias confederadas otros pequeños destacamentos, cuyo total no llegaría a 7.000 soldados. Cada cuerpo tenía un jefe particular, pero todos obedecían al Rey de Esparta, Leónidas, a quien la Junta de defensa de la Grecia había designado para interceptar la peligrosísima angostura de las Termópilas.

Resuelto el Monarca espartano a morir, ya que la resistencia a tan enormes fuerzas era sobrehumana, mandó celebrar honras fúnebres para sí y para sus compatriotas y coligados y se preparó a rechazar al enemigo.

Agradóle siempre a Grecia embellecer los incidentes de este grandioso drama y por eso se cuenta que habiendo enviado Xerjes un jinete a reconocer la posición de los espartanos, los encontró peinándose tranquilamente su larga cabellera. Admirado Xerjes de aquella calma, escribió a Leónidas: «Si te sometes, yo te daré el imperio de la Grecia», a lo cual contestó aquél: «Mejor quiero morir por mi patria que esclavizarla». Un segundo mensaje decía: «Rinde las armas», y Leónidas puso debajo: «Ven a tomarlas». Cuando se presentó el enemigo, un griego corrió gritando: «¡Los persas están cerca de nosotros!» «Dí, contestó el Rey de Esparta, que somos nosotros los que estamos cerca de ellos». Antes del último combate dispuso Leónidas que sus soldados tomasen un refrigerio y les dijo sonriéndose: «Ya sé que es poco alimento, pero esta noche cenaremos bien con Plutón».

Por último, cuando Xerjes vacilaba sobre el partido que debía tomar, pues en cuatro días de contienda había perdido más de 20.000 de sus mejores tropas y dos de sus hermanos, un maliano llamado Efialto, fué a buscarle a su tienda manifestándole que en la montaña había una senda que terminaba detrás del campamento griego, por la cual se podían apoderar los persas de los enemigos. Así lo hicieron y los degollaron a todos sin piedad. Xerjes mandó poner en cruz el cuerpo de Leonidas.

En las Termópilas se erigieron posteriormente dos monumentos, perpetuando la memoria de estos héroes. Decía el uno: «En este lugar, un puñado de griegos resistió a 3.000.000 de persas». Y el otro: «Pasajero: Ve a decir a Lacedemonia que reposamos aquí por haber obedecido sus santas leyes».

Lope BARRÓN.

Para quitar manchas de grasa

En telas blancas: lávense con jabón o potasa.

En algodón de color: lávense con agua de jabón tibia.

En lana de color: lávense con agua de jabón o amoníaco.

En seda: lávense con bencina, éter, amoníaco, greda o creta.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ilustración Castellana. 18/9/1927.